



Capítulo

1

Primeros años

Rees Howells nació el 10 de octubre de 1879. Fue el sexto de una familia de once hijos. La casita blanca donde vivieron aún está en la vía Llandilo, de Brynamman, un pueblito minero en Gales del Sur. Allí Tomás y Margarita Howells criaron sus tres niñas y ocho varones. ¡Es sorprendente que todos pudieran vivir en una casa tan pequeña!

En sus primeros años la vida era muy dura. El padre de Rees tenía un empleo en una empresa de fundición y luego en una mina de carbón. Su salario, era la "considerable" suma de dos chelines y tres peniques, o dos chelines y seis peniques al día, esta era la única fuente de ingresos familiares. Y a veces, cuando había huelga, no recibía ninguna ayuda ni tenía un seguro gubernamental para desempleados. Años después abrió una zapatería pequeña en el pueblo, en la cual vendía y reparaba calzado. Cuando los niños mayores dejaron

de estudiar y entraron a trabajar, la situación económica mejoró.

En toda circunstancia era una familia feliz, porque la piedad y el amor predominaban en el hogar. El amor de su madre fue una de las impresiones más profundas durante la juventud de Rees, especialmente porque observaba el cuidado incansable para uno de los tres miembros más pequeños del círculo, quienes más tarde fueron apartados de la familia. En cuanto a su orgulloso padre, un día un visitante dejó perplejo al joven Rees porque mientras miraba a todos los niños le dijo a su padre: "¡Cuán rico eres!" Después Rees le preguntó a su padre: "¿Cómo puede decir él que eres rico?" "Bien... ¿Por cuánto te podría vender a ti?", respondió el padre. "¿Por mil libras? ¿Podría vender a John, a David, o a Ricardo por mil libras cada uno?" "¡Soy muy rico!"

La mayoría de los niños comenzó a trabajar en el molino de estaño de la localidad, ubicado al fondo del valle, a la salida del pueblo. En la escuelita recibían la única educación a la cual tenían acceso. Ellos no debían trabajar antes de los 13 años, pero cuando Rees tenía solamente 12 y llevaba los alimentos a sus hermanos que trabajaban en el molino, un día el administrador le preguntó si le gustaría trabajar un poco. Su nombre no figuraría en la nómina, pero recibiría un sueldo que sería colocado a nombre de su hermano Moisés. Por esta razón la formación escolar de Rees terminó a los 12 años y así pasó los siguientes 10 en el molino donde era considerado un buen trabajador. Su trabajo lo mantenía ocupado 12 horas diarias. Se levantaba a las seis de la mañana y regresaba a la casa a las seis de la tarde, aproximadamente.

Debido a que tanto Rees como sus hermanos sentían la necesidad de recibir más educación, semanalmente asistían a las clases nocturnas en la escuela del pueblo. Por aquellos días no había una biblioteca en el pueblo como instrumento de formación. El único centro de lectura era una pequeña venta de periódicos donde por un penique al mes, podían leer el diario, o pedir prestado un libro. Utilizando estos medios, dos de sus hermanos aprobaron varios exámenes; John, el mayor, fue a trabajar en la Compañía Ferroviaria y Ricardo llegó a ser el gerente de una mina. Rees no estudió ninguna materia específica, ¡pero dio señales de una gran capacidad organizacional! Cuando su madre les asignaba tareas, sus hermanos las hacían por sí mismos, pero usualmente Rees se las arreglaba para conseguir que más o menos media docena de sus amigos le ayudaran, y luego le pedía a su mamá que les diera de comer. Ella debió preguntarse si valía la pena encomendarle algún trabajo. ¡La generosidad, una característica notoria en su madurez, era visible desde su niñez! Él repartía todo lo que tuviera. Uno de sus hermanos cuenta que un cliente vino al almacén a comprar unos zapatos cuando su padre estaba ausente. El cliente intentó persuadir a uno de sus hermanos para que le rebajara el precio de tres chelines y nueve peniques, a dos chelines y seis peniques, pero él rehusó. Pocos días más tarde, la señora llamó al padre, le narró el incidente y además describió al "vendedor". La descripción dada podía ser la de Rees o la de su hermano, pero al padre no le tomó ni un segundo identificar al que lo había hecho. ¡De inmediato supo que era imposible que Rees la hubiera rechazado!

Debido a su interés por el ejercicio corporal, Rees desarrolló un excelente estado físico. Prácticamente montó un gimnasio en la casa pues compró pesas y otros elementos, y además guantes de boxeo para enfrentarse con sus hermanos en peleas amistosas. Su cuerpo saludable también era el resultado de su sano apetito. Ricardo y Rees, algunas noches, regresaban tarde debido a sus numerosas ocupaciones. Si Ricardo llegaba primero, su madre, que ya estaba arriba en la alcoba, preguntaba: "¿Eres tú, Ricardo? Sírvete un pedazo de torta". Pero si Rees llegaba primero que Ricardo, su mamá preguntaba: "¿Eres tú, Rees? Hay una torta sobre la mesa. ¡Déjale un pedazo a Ricardo!"

Pero lo destacado durante los primeros años en la vida de Rees era la conciencia tan clara que tenía de Dios. Era como si una presencia invisible lo protegiera desde su nacimiento, algo así como le sucedió a Pablo, a quien el Señor separó y llamó por su gracia desde el vientre de su madre. Los abuelos fueron la influencia más poderosa en su vida espiritual. La casa de ellos también era pequeña y blanca. La denominaron Pentwyn, estaba arriba en la Montaña Negra y "cruzar el umbral de su puerta", dijo Rees años más tarde, "era pasar de la tierra al cielo". Ellos se habían convertido a Cristo durante el avivamiento de 1859, y Rees siempre creía que la bendición para ellos también lo incluía a él. Algo lo atraía de aquel pequeño hogar. "Dios era su atmósfera", decía. Le encantaba la caminata en ascenso desde su casa en el valle de Amman, atravesando potreros, mientras dejaba atrás una por una las casas, hasta que se oía el ruido metálico del portón de hierro tras él. Así se encontraba afuera, en los espacios

silenciosos de las faldas de las montañas. Éstas, en los años siguientes fueron frecuentemente su lugar de encuentro con Dios. Allí, la canción de la alondra, el balido ocasional de las ovejas y la música de un arroyo que descendía de la montaña, eran los únicos sonidos que perturbaban la quietud.

Desde la cumbre el joven Rees descendía los 12 kilómetros hasta el otro lado del verde valle galés el cual se extendía ante él, hasta que llegaba a su amada Pentwyn, construida en las empinadas cuestas, donde nuevamente el páramo daba lugar a los jardines y campos. Mientras cruzaba el umbral, como de costumbre oía la voz de la abuela leyéndole la Biblia a su inválido tío Ricardo. Esto nos recuerda a otro joven (Timoteo), que pasó muchas horas en otra Montaña Negra, Kara-Dagh, con la ciudad de Listra a los pies de la colina, donde también creció bajo la piadosa influencia de su "abuela Loida y su madre Eunice".

Efectivamente, jóvenes de los tiempos bíblicos como José y David, quienes temieron y sirvieron a Dios desde su juventud, influenciaron profundamente a Rees. Su sabio padre crió a los niños narrándoles las historias bíblicas. Los recuerdos que Rees guardaba de su niñez estaban relacionados con las lecturas vespertinas y los efectos de estas en su vida. La historia del Salvador; su nacimiento, vida, muerte y resurrección, se sobreponían a las demás y lo guardó de tomar alguna vez su nombre en vano u osar pecar contra Él. Ni siquiera los placeres normales del mundo ejercían atracción sobre él. Caminaba muchos kilómetros para escuchar cualquier predicador que lo atrajera, "por la influencia divina", pero "no cruzaba la calle para oír un concierto".

Solamente una vez fue a un partido de fútbol. Mientras la multitud "gritaba y vociferaba" a su alrededor, sintió que estaba en el lugar equivocado e hizo el voto de que, apenas tuviera sus pies fuera de allí, nunca volvería a un sitio como ese. Y jamás regresó.

El apóstol Pablo hace una declaración notable sobre servir a Dios con una conciencia limpia, tal como lo hicieron sus antepasados. Y Rees parecía otro ejemplo al respecto. "Yo no cedía al pecado", dijo años más tarde. "Siempre me restringía". Parece que algunas personas son mucho más sensibles que otras, aun antes de la conversión. En una ocasión manché mi conciencia. Mi padre me pidió que le entregara unos zapatos a un cliente y le pedí un chelín y 10 peniques cuando el precio correcto era un chelín y nueve peniques. Ese penique adicional lo gasté en manzanas. Y aunque le confesé a mi padre ese pecado, se reactivaba en mi mente, ¡especialmente cuando veía manzanas! Por supuesto que ese efecto sobre mí me guardó de actos peores". Pero ese acto tuvo otra consecuencia, la cual lo desilusionó más tarde, por lo que también dijo sobre su manera de proceder: "¡En aquellos días pensé que probablemente había nacido con una buena naturaleza!" A los 13 años de edad se hizo miembro de la congregación y resolvió, de acuerdo a la luz que tenía en ese entonces, que era el momento de "poner en práctica las enseñanzas del Salvador". Esta idea nació luego de leer el libro de Sheldon, *En sus pasos*, pero en realidad le fue útil sólo para comprender más tarde que, lógicamente, no podía hacerlo. El contacto con otros jóvenes del molino no alteró sus gustos. Swansea quedaba solo a 32

kilómetros, pero "la vida superficial de la ciudad, nunca me llamó la atención", decía. "Para mí no era ninguna tentación ir a un teatro, pues no me gustaban esos lugares. Me sentía bien en los templos y en las reuniones de oración. Me atraían las colinas, los valles, los arroyos y en general la naturaleza. Para mí era hermoso el tiempo de los domingos por la mañana por la quietud y la paz en todo. Sentía que podía darle la cara a Dios cada noche porque vivía de manera limpia y pura, como cientos en Gales lo hacían".

De carácter tranquilo, buen nivel de vida y excelente trabajador, no había muchas actividades que cautivaran la atención de este joven galés, o que le permitieran vislumbrar su futuro. La excepción, tal vez, era su piedad poco común, un poco extraña a los ojos ingleses, aunque probablemente no para los galeses. Pero, ¿acaso no es Dios quien convierte lo ordinario en extraordinario cuando se le da la oportunidad?